

## ODAS DE BAQUILIDES

---

*Estas traducciones forman parte de una obra en preparación que ha de consistir en una traducción en verso, con una edición del texto griego y un comentario explicativo, de las obras de Baquilides, poeta griego que, como se sabe, floreció en la primera mitad del siglo v (a. de C.), cuando todavía vivía Píndaro, y que ha venido a conocerse tan sólo en los últimos años del siglo pasado, merced a que en Egipto se encontró en una tumba un rollo de papiro que contenía veinte de sus odas.*

*Si las dificultades que ella encierra y las circunstancias adversas que nunca dejan de presentarse a quienes se dedican a estos estudios, tan menospreciados en nuestro tiempo de feroz utilitarismo y desenfrenadas ambiciones, no retraen al autor de proseguirla, esta obra será probablemente la primera traducción completa que de las nuevas odas de Baquilides se haya hecho hasta ahora en nuestra lengua. De los méritos que pueda tener, juzgarán los que entienden; de las censuras de los demás el autor no se cuida, y sólo advierte, en obsequio a los que se interesen honestamente por las cosas helénicas sin tener aún suficiente conocimiento de la lengua griega, que estas traducciones no buscan sino reproducir el contenido de los originales de la manera más exacta que sea compatible con la índole de nuestra lengua, y por esta razón, si bien desechando una imitación rítmica que no encajase dentro de los recursos de nuestra métrica, estas versiones están compuestas en un número de versos igual e igualmente distribuidos que el de las*

*odas originales, siguiendo así en lo exterior el criterio de sujeción a las ideas y a la disposición periódica que sirvió de guía para el contenido.*

*Estas dos odas, que van sin comentario, pertenecen a la segunda parte del papiro, que contiene composiciones ditirámicas, en tanto que la primera parte está formada de epinicios. El primero de estos ditirambos («Hércules») parece haber sido compuesto para cantarse en Delfos en los meses de invierno, época en la cual Apolo se iba de vacaciones al país de los Hiperbóreos y se realizaban en Delfos fiestas en honor de Dioniso. La oda alude al conocido mito de la muerte de Hércules, acaecida por obra de una túnica envenenada con la sangre del centauro Neso, matado por aquél cuando intentaba robarle a su esposa Deyanira. La segunda de estas odas («Los jóvenes o Teseo»)\* lo es también un ditirambo, a pesar de la opinión de varios que la tienen por un peán, y se refiere a la leyenda del tributo de siete mancebos y siete doncellas impuesto a los atenienses por el rey de Creta, Minos, del cual se vieron libres éstos por obra del héroe Teseo, que en la ocasión de que aquí se habla acompañó a las víctimas para dar muerte al Minotauro, monstruo al cual aquellos jóvenes estaban destinados.*

## HÉRAKLÈS

(ODE XV)

### *Strophe*

J'irai vers Pythô, le saint lieu,  
car la Muse Uranie à la chaire ouvragée,  
du Piéros m'envoie une nef d'or chargée  
de chants de gloire pour le dieu :

\* Aparecerá próximamente en VERVUM.—(N de la D.).

j'irai, soit qu'il s'amuse en chassant à l'épieu  
les fauves, sur les bords toujours fleuris de l'Hèbre,  
ou, charmé de sa voix à la douceur célèbre,  
il écoute le cigne au long cou sinueux ;  
    en attendant que vers ces lieux,  
    ô dieu de Pythô, tu reviennes  
    cueillir les fleurs des chants d'étrennes  
dont remplissent les choeurs ton palais radieux.

### *Antistrophe*

Cependant nous dirons comment,  
en laissant Oechalie en flammes, l'intrépide  
enfant d'Amphitryon vint au rivage aride  
    qu'embrasse le flot écumant,  
où, partageant sa proie, il allait promptement  
offrir neuf fiers taureaux à Zeus, roi des nuages,  
puis deux au dieu des flots, ébranleur des rivages,  
avec une génisse au superbe chanfrein  
    à la déesse aux yeux d'airain,  
    Athénê, la vierge effroyable.  
Alors le sort inexorable  
ourdit pour Déjanire un funeste dessein,

### *Epode*

Hélas ! d'une main trop savante,  
sitôt qu'elle eût appris, à son cuisant regret,  
    que vers sa demeure opulente  
le vaillant guerroyeur enfant de Zeus, menait.  
    Iole aux bras blancs comme épouse.  
Ah ! malheureuse ! à quoi songe une âme jalouse !  
La redoutable envie, et le sombre manteau  
qui cache l'avenir sous son étroit réseau,  
l'ont conduite à la mort, le jour où sur les roses  
    près des bords du Lycorme écloses,  
elle prit de Nessus son funeste cadeau.

*El comentario que acompaña a esta oda es, en sus líneas generales, el que llevarán todas las odas traducidas. Pero como está destinado a ilustrar también el texto griego, que aquí no figura por falta de elementos tipográficos, le han sido suprimidas muchas notas de carácter filológico que no tienen objeto en una edición de la traducción sola.*

## A HIERON DE SIRACUSA

Vencedor en Olimpia con los caballos  
(ODA III)

A la señora de Sicilia opima,  
Demetra, y su hija ornada de violetas,  
¡oh dulce Clío canta! y corredoras  
raudas de Olimpia, de Hierón las yeguas;

5 pues corriendo impetuosas con la excelsa  
Nike y Aglaya, a orillas del Alfeo  
remolinante, allí de Dinomeno  
al hijo hicieron coronar dichoso.

Y dió una voz el pueblo innumerable:

10 "¡oh varón fortunado,  
a quien dió Zeus la gloria  
del mayor poderío entre los griegos,  
y no esconde en el manto de la sombra  
su torreado caudal!"

15 Hierven en sacrificios los santuarios,  
hormiguean de huéspedes las calles,  
y resplandecen con fulgor los altos  
trípodes de oro cincelados, puestos

del templo enfrente, allí donde los Delfos  
20 guardan, junto a Castalia, la de Febo  
máxime sede. ¡Al dios, al dios honremos,  
que es entre todas la suprema dicha!

Ya otrora al soberano de la Lidia  
domadora de potros,  
25 cuando el fatal decreto  
de Zeus cumplía la ciudad de Sardes  
y por la hueste Persa era saqueada,  
a Creso, Apolo, el dios

de áurea espada salvó: Pues cuando vino  
30 al impensado día, a más no quiso  
aguardar la luctuosa servidumbre,  
y ante el palacio de bronceos muros

hizo una pira alzar, y con su esposa  
fiel y sus hijas de graciosas trenzas  
35 subió en llanto deshechas; luego alzando  
entr ambas manos al excelso cielo

exclamó: “¿Dónde está, numen supremo,  
la merced de los dioses?  
¿dónde está el rey Letida?  
40 los palacios de Aliates se derrumban,  
y hoy ¿qué premio a mis dones infinitos  
veo de Pito llegar?”

La vencida ciudad talan los Medos,  
con la sangre el Pactolo de áureas ondas  
45 rojea, y de las salas primorosas  
son las mujeres sin piedad sacadas;

lo que era odioso es caro: lo más dulce  
es morir”. Esto dijo y a un mancebo  
mandó encender la pira: un alarido  
50 dieron las niñas, de su madre al cuello

asidas, que es horrenda a los humanos  
la manifiesta muerte;  
mas cuando del terrible  
fuego la furia por doquier rompía,

55 Zeus, tendiendo una nube renegrida,  
la áurea llama apagó.

Nada increíble hay, si de los dioses  
lo hace el cuidado: el Delio Apolo entonces  
llevó a los Hiperbóreos el anciano,  
con las doncellas de sutil tobillo,

en premio a su piedad, porque mayores  
dones mandó que nadie a Pito santa.  
Pero ningún mortal, siquier de cuantos  
la Hélada pueblan ¡oh Hierón loado!

65 se atreverá a decir que más riquezas  
que tú mandó a Loxías.

Y es de quien no hinche el odio  
al que es caro a los dioses, al valiente  
criador de potros alabar, que el cetro

70 tiene del justo Zeus

y aman las Musas de violadas trenzas.  
**Mas de pronto un turbión, como en Malea,**  
sobre el mortal linaje arroja el hado:  
miras por hoy, y nuestra vida es breve,

75 mas, falaz, la esperanza entra en el pecho  
de los mortales. Ya el divino Apolo  
flechador le decía al Feretida:

“Tú eres mortal, y es menester que pienses

siempre en dos cosas: que no más mañana  
80 del sol verás la lumbre,

o que opulenta vida  
por cincuenta años llevarás. A tu alma  
obrando bien alegre, porque es ésta  
la ganancia mayor”.

85 Mi canto el sabio entiende: immaculado  
es el éter profundo; no se vician  
del mar las aguas, y es delicia el oro:  
al hombre, en tanto, traspasar no es dado

la canosa vejez y la florida  
90 juventud recobrar. Mas con el cuerpo  
de la virtud no mengua el lustre, que antes  
cría la Musa, y tú ¡oh Hierón! las flores

más bellas de la dicha a los mortales  
mostraste: al que prospera  
95 no le adorna el silencio,  
y alguien, al par de tus veraces glorias,  
dirá también la melodiosa gracia  
del Ceyo ruiseñor.

ENRIQUE FRANÇOIS.

Este epinicio fué compuesto por Baquilides para celebrar la victoria obtenida con la cuadriga por Hierón, tirano de Siracusa, en la 78ª olimpiada (468 a. C.). De las tres odas dedicadas a este príncipe y contenidas en el papiro, ésta figura en primer término a pesar de ser la última por la fecha, debido a que el colector las ordenó con relación a la importancia del triunfo a que cada una se refiere, orden que, cabalmente, es inverso a la sucesión cronológica. Hierón y sus tres hermanos, Gelón, el mayor, y Trasíbulo y Polizelo, los dos menores, eran hijos de un ciudadano de Gela, en Sicilia, llamado Dinomeno, descendiente, según cuenta Heródoto (VII, 153), de un habitante de la isla de Telos que, en compañía de los colonizadores, se había establecido en Gela. En los primeros años del siglo V a. de C. moría en esta ciudad el tirano Hipócrates, y Gelón, que bajo su reinado, por su reconocida valentía, había sido nombrado comandante de la caballería, asumió el poder desposeyendo a los hijos de Hipócrates. Poco tiempo después, por el año 485 a. de C. (Ol. 73,4) y con ayuda de los terratenientes expulsados por la democracia imperante en Siracusa, Gelón se apoderó de esta ciudad y transfirió a su hermano Hierón el señorío de Gela (Heródoto, l. c.). Después de unos siete años de gobierno en cuyo transcurso obtuvo sobre los cartagineses la famosa victoria de Himera (480 a. de C.) y acrecentó sobremanera el poderío y la prosperidad de Siracusa, murió Gelón por el año 478 a. C. dejando repartido su poder entre sus dos hermanos Hierón y Polizelo, el primero de los cuales heredó el gobierno de Siracusa y el segundo, con quien se casó la viuda de Gelón, el mando de la caballería (Diodoro XI, 38 y Timeo de Tauromenio frag. 90).

A los once años de próspero y opulento reinado, Hierón, que padecía de cálculos, murió en la ciudad de Etna por él fundada, en 467 a. C. (Diodoro XI, 66), es decir al año siguiente de su mayor victoria olímpica, celebrada por Baquilides en la oda que nos ocupa, donde ya se notan veladas alusiones del poeta (vv. 72 a 90) a las dolencias que habían de llevarlo a la tumba. Sucedióle Trasíbulo, el menor de sus hermanos, cuya crueldad hizo que a los once meses de tiranía fuese expulsado por los siracusanos, que volvieron al gobierno democrático. (Diod. XV, 67 y 68). Muerto Hierón, a nombre suyo y como acción de gracias por las victorias alcanzadas, su hijo Dinomeno ofreció a Zeus Olímpio un carro con su auriga, de bronce, y dos caballos de carrera de igual metal (Pausanias VI, 12), acompañados de un epigrama que transcribe Pausanias (VIII, 42). La primera de las victorias allí aludidas es la que celebra presente oda, y a una de las otras dos se refiere la oda V. Además de estas tres victorias olímpicas, Hierón obtuvo otras tres en los juegos píticos, las dos primeras en la carrera de caballos, en 482 (Ol. 74.3) y 478 (Al. 75.3) y la última con la cuadriga en 470 (Ol. 77.3), a la cual se refiere la breve oda IV de Baquilides.

V. 2.—Doblemente oportuna es esta invocación a Demetra y a Perséfone, pues, aparte de que eran las divinidades protectoras de Sicilia, estaban estrechamente relacionadas con Hierón, que era, por derecho de herencia, sacerdote suyo. Este título lo había adquirido Telines, antepasado de Hierón, porque, sin efusión de sangre y sólo merced a ciertos misteriosos ritos relacionados con dichas diosas de que era depositario, había conseguido que volviessen a Gela algunos ciudadanos que, vencidos en una sedición, se habían refugiado en la vecina ciudad de Mactario (Heródoto, VII, 153). Durante su gobierno Gelón, hermano y precursor de Hierón, había dedicado a estas diosas sendos templos construidos con el botín conquistado en Himera, en los cuales debían guardarse las tablas del tratado de paz concertado con los cartagineses (Diodoro XI, 26).

V. 9.—*ῥόησε* —De la interpretación que se dé a este verbo depende la puntuación de los versos 8 y 9 y el sentido de la estrofa. La mía es la del prof. Jebb y sus predecesores (Blass, Desrousseaux, Weil): pero el primer editor, Kenyon, luego Jurenka y con él Fraccaroli y Taccone, toman dicho verbo por sinónimo de *ἔθορῶβησε* y por consiguiente ponen punto en alto al fin del verso 8 y punto al final del 9, cosa que pone las palabras siguientes en boca del poeta. Si se quisiese hilar muy delgado atendiendo solamente al concepto, acaso podría discutirse el punto; si bien, aunque le parezca al prof. Fraccaroli que es "cosa de locos" (*I Lirici greci*, II, 441) creer que el pueblo exclamase "¡oh afortunado... etc.," porque "Baquilides es un poeta razonador y... no es natural que el pueblo exclame un discursito de cinco versos, si no se le ha hecho primero aprender de memoria" (*Come si fa...* pág. 31), son cosas éstas que no tienen nada que ver con la poesía, la cual no puede sujetarse nunca a una verosimilitud tan pedestre, principalmente, cuando, como en este caso, se trata de dar vuelo lírico a un simple relato. En cambio, para la gramática no hay duda posible y la primera interpretación se impone: el prof. Fraccaroli cita en apoyo de su tesis a Pindaro, Ol. X, 72: *συμμαχία θόρυβον / παραιδύσε μέγαν*, pero a nadie parecerá ésta, razón suficiente para identificar *ῥοίησε* con



δορυβέω, cuando para la primera interpretación de δροβέω se pueden citar, además de Sófocles, Antígona 1287, los siguientes pasos de Esquilo: Agamenón 104, Prometeo 68, y principalmente, Euménides 510: Coéforas 828.

V. 12.— πλείσταρχον.—Este compuesto se halla como nombre propio en Heródoto (IX, 10) y en Tucídides (I, 132) pero éste es el único ejemplo de su uso como adjetivo. El prof. Jebb declara así la frase πλείσταρχον Ἑλλ.γ.: “el privilegio de gobernar sobre el mayor número de griegos”; pero el sentido numeral de πλείστος parece ser menos frecuente que el de magnitud o excelencia, véase, por ejemplo, Hesíodo, frag. 41: πλείστοι ἐπιθρονίων . . . . Ἰφθίμοι βασιλῆες, donde “los mejores de los hombres, . . . los valerosos reyes” es interpretación preferible a “los más de los h. . .”. Por eso he traducido como se lee y no “la gloria de mandar a más griegos”.

V. 13.— πυργωθέντα πλοῦτον —Todas las traducciones de que he podido disponer, interpretan πυργωθέντα más o menos en el sentido de “levantado como una torre”: Jebb, “the lotty fabric of his fortune”, —d'Eichthal et Reinach, “des trésors qu'en montagnes il dresse”, —Fraccaroli, “il fasto suo che—in—alto—crebbe”, —Festa, 1.<sup>a</sup> ed, “la torreggiante opulenza”, 2.<sup>a</sup> ed. “l'opulenza innalzata come torre”, —fundándose, ya en una expresión de Aristófanes, Ranas 1004: ya en unos versos en que Solón dice (13, 9) que la riqueza bien adquirida es sólida desde la base hasta la cima. Sin embargo, la expresión aristofánica tiene, muy probablemente, un sentido irónico y, tratándose de una acepción no común, quizá sea poco adecuada para autorizar una interpretación de una frase poética sería. En cuanto a los versos de Solón, se puede encontrar en ellos la torre, pero hay que buscarla con un poco de buena voluntad, porque lo mismo podrían referirse a cualquier edificio. Por eso, y reparando en las palabras de Esquilo, Agam. 128, prefiero entender por πυργωθέντα, “guardado en las torres”, sentido más cercano que el otro a la acepción corriente de πυργώω que es “torrear”, “proteger con torres”, a la cual, por imposición del ritmo, he debido reducirme en la traducción.

V. 15.— βρούα... ἀγυαί: —Todos los editores o traductores de Baquilides que he podido consultar, interpretan estos versos como alusiones a los festejos realizados por Hierón para celebrar su victoria, según los más, en Siracusa, según algunos, en Delfos. Paréceme, sin embargo, empeño inútil el de localizar y determinar estas fiestas, dando lugar a que se discuta infructuosamente sobre si se celebraron en uno u otro sitio, y que sería mejor entender las palabras del poeta en un sentido general, es decir, referidas a uno de los efectos de la liberalidad de Hierón aludida en la estrofa anterior. En este caso, claro está que los versos aludirían a Siracusa, sede del tirano. Podría objetarse que el poeta habla de una animación demasiado grande para referida a un estado general de prosperidad, pero contra esta objeción está la semejanza de expresiones con el fragmento sobre la paz del mismo Baquilides, que, evidentemente, no se refiere a fiesta alguna determinada.

—ταπόρων σταθέντων:—Aun antes del descubrimiento de las odas de Baquilides, se tenía noticias de los tripodes mencionados en ésta. Por

δορυβίω, cuando para la primera interpretación de *δροείω* se pueden citar, además de Sófocles, *Antígona* 1287, los siguientes pasos de Esquilo: *Agamenón* 104, *Prometeo* 68, y principalmente, *Euménides* 510: *Coéforas* 828.

V. 12.—*πλείσταρχον*.—Este compuesto se halla como nombre propio en Heródoto (IX, 10) y en Tucídides (I, 132) pero éste es el único ejemplo de su uso como adjetivo. El prof. Jebb declara así la frase *πλείσταρχον*: “el privilegio de gobernar sobre el mayor número de griegos”; pero el sentido numeral de *πλείστος* parece ser menos frecuente que el de magnitud o excelencia, véase, por ejemplo, Hesíodo, frag. 41: *πλείστοι ἐπιχθονίων* . . . . *ἴφθιμοι βασιλῆες*, donde “los mejores de los hombres, . . . los valerosos reyes” es interpretación preferible a “los más de los h. . .”. Por eso he traducido como se lee y no “la gloria de mandar a más griegos”.

V. 13.—*πυργωθέντα πλοῦτον*.—Todas las traducciones de que he podido disponer, interpretan *πυργωθέντα* más o menos en el sentido de “levantado como una torre”: Jebb, “the lotty fabric of his fortune”, —d’Eichthal et Reinach, “des trésors qu’en montagnes il dresse”, —Fraccaroli, “il fasto suo che—in—alto—crebbe”, —Festa, 1.<sup>a</sup> ed, “la torreggiante opulenza”, 2.<sup>a</sup> ed. “l’opulenza innalzata come torre”, —fundándose, ya en una expresión de Aristófanes, *Ranas* 1004: ya en unos versos en que Solón dice (13, 9) que la riqueza bien adquirida es sólida desde la base hasta la cima. Sin embargo, la expresión aristofánica tiene, muy probablemente, un sentido irónico y, tratándose de una acepción no común, quizá sea poco adecuada para autorizar una interpretación de una frase poética seria. En cuanto a los versos de Solón, se puede encontrar en ellos la torre, pero hay que buscarla con un poco de buena voluntad, porque lo mismo podrían referirse a cualquier edificio. Por eso, y reparando en las palabras de Esquilo, *Agam.* 128, prefiero entender por *πυργωθέντα*, “guardado en las torres”, sentido más cercano que el otro a la acepción corriente de *πυργώω* que es “torrear”, “proteger con torres”, a la cual, por imposición del ritmo, he debido reducirme en la traducción.

V. 15.—*βρούα . . . ἀγυαί*: —Todos los editores o traductores de Baquilides que he podido consultar, interpretan estos versos como alusiones a los festejos realizados por Hierón para celebrar su victoria, según los más, en Siracusa, según algunos, en Delfos. Paréceme, sin embargo, empeño inútil el de localizar y determinar estas fiestas, dando lugar a que se discuta infructuosamente sobre si se celebraron en uno u otro sitio, y que sería mejor entender las palabras del poeta en un sentido general, es decir, referidas a uno de los efectos de la liberalidad de Hierón aludida en la estrofa anterior. En este caso, claro está que los versos aludirían a Siracusa, sede del tirano. Podría objetarse que el poeta habla de una animación demasiado grande para referida a un estado general de prosperidad, pero contra esta objeción está la semejanza de expresiones con el fragmento sobre la paz del mismo Baquilides, que, evidentemente, no se refiere a fiesta alguna determinada.

—*ταπόρων σταθέντων*.—Aun antes del descubrimiento de las odas de Baquilides, se tenía noticias de los tripodes mencionados en ésta. Por

Diodoro de Sicilia (XV, 26) y por Fanias de Ereso y Teopompo, citados por Ateneo (VI, 231 E), se sabía que con motivo de la victoria de Himera, Gelón, había dedicado a Apolo Delfico una estatua de oro de la Victoria colocada sobre un trípode del mismo metal, y que más tarde Hierón hizo una ofrenda igual, después de haber conseguido, con mucho trabajo, encontrar el oro suficiente, que proporcionó a sus mensajeros el corintio Arquiteles. Se conocía, además, un epigrama atribuido a Simónides de Ceos y conservado a la vez por la Antología Palatina y por Suidas, que habla de una ofrenda de trípodes hecha por los cuatro hijos de Dinomeno “después de haber vencido a los bárbaros”. Pero lo más interesante es que, durante las excavaciones hechas en Delfos por la Escuela Francesa de Atenas, de 1893 a 1898 bajo la dirección de M. Homolle, fueron encontrados delante del templo de Apolo una base y cuatro plintos de piedra de igual forma pero de tamaño diferente, en cuya parte superior (salvo en uno, que estaba roto) se veían los agujeros destinados a recibir los pies de un trípode. Sobre los dos mayores se leían sendas inscripciones, intacta la del primero, que decía haber sido el trípode y la Victoria, obra de Bion de Mileto, dedicados por Gelón de Siracusa, y mutilada la del segundo, pero restaurada en parte con certeza, que aludía a igual ofrenda hecha por Hierón. Si el epigrama mencionado es o no de Simónides, — si servía o no de dedicatoria a todo el grupo de ofrendas, — con qué motivo y cuándo hizo Hierón la suya, — y quién dedicó los dos pequeños plintos que no tienen inscripción, son cuestiones demasiado largas para tratarlas aquí: discurren de ellas con todo espacio y competencia, M. Homolle en los *Mélanges Weil*, R. Jeff, F. Blass y A. Taccone en sus respectivas ediciones de Baquílides. Bástenos ahora hacer notar la comprobación monumental de la alusión de Baquílides, exacta hasta en el detalle de la situación de los trípodes: *πάρῳιθε ναῶν*, “delante del templo”, es decir, en el sitio más aparente y honoroso, allí donde se alzaban los trofeos de las grandes victorias nacionales, Salamina y Platea.

V. 23.—Hábilmente introducida por el verso anterior, comienza con éste la parte mítica de la oda, consistente en la leyenda de Creso, tan conocida por el relato de Heródoto (I, 86 sg.) Pero la versión que nos da Baquílides difiere bastante de la tradicional: según ésta, la de Heródoto, Creso, al entrar vencedor en Sardes, mandó ahorrojar y poner sobre una pira, junto con catorce jóvenes lidios, a Creso, el cual, mientras empezaban a arder los leños, exclamó por tres veces el nombre de Solón, e interrogado por Creso, contó lo que le dijera el sabio ateniense acerca de las mudanzas de la fortuna. Impresionado el Persa, mandó apagar el fuego, pero, viendo que por su intensidad no podían lograrlo los soldados de Creso, Creso invocó a Apolo recordándole sus ofrendas, y el dios envió una oportuna lluvia, después de lo cual Creso vivió junto a Creso hasta la muerte de éste y aun durante una parte del reinado de Cambises, sin que se nos diga cuándo ni cómo murió. Cuenta además Heródoto que Creso mandó preguntar a la Pitia, con la anuencia de Creso, si era costumbre del dios engañar a los que le honraban, a lo que le fué contestado que él purgaba con su ruina un crimen de uno de sus antepasados. En la versión de Baquílides, Creso es quien, voluntariamente y para escapar a la esclavitud,

dispone su muerte y la de su familia; Zeus es quien apaga la pica y Apolo premia su piedad con llevarlo al país de los Hiperbóreos para que allí viva en perpetua felicidad. Esta última versión que embellece la figura de Creso y favorece también a Apolo, se tiene por de origen lidio y confirma las sospechas que ya se abrigaban de una versión anterior y diversa de la Heródoto, sospechas que, además de algunas palabras del historiador Ctesias, se fundaban en una admirable ánfora de principios del siglo V a. C., donde aparece Creso, sentado sobre una pira en actitud majestuosa, mientras un esclavo acerca dos antorchas a los leños. La versión de Heródoto, por el carácter sanguinario que atribuye al rey persa, parece haberse difundido después de las guerras médicas. Para más detalles pueden verse, entre otros, un estudio de R. Jebb en los *Mélanges Weil* y las ediciones de Baquílides del mismo Jebb y de A. Taccone. La ánfora arriba mencionada, que se encuentra en el Louvre, puede verse reproducida, además de en las publicaciones oficiales, difíciles de obtener, en el *Répertoire des vases peints* de S. Reinach (I, 85) y en la hermosa edición de Baquílides de d'Eichthal et Reinach (pág. 25).

V. 36.— *σφετέρας*: posesivo de plural usado por el de singular, cosa frecuente en la poesía post-homérica, por lo cual no creo que se pueda admitir la suposición del prof. Fraccaroli (*Come si fa...* pág. 33) adoptada por el prof. Taccone, de que este plural “sirve para hacer pensar que, si Creso alzó las manos, la mujer y las hijas no se habrán quedado con ellas a la cintura”, pues si bien es muy cierto “que es propio de la poesía expresar algunas ideas y sugerir otras implícitamente por asociación”, acaso sea esto más aplicable a la poesía lírica tal como se entiende desde el romanticismo, y no a un caso de simple narración como el presente, donde semejante interpretación atribuiría a la mujer y a las hijas de Creso una actitud muy discutible, si no incompatible con la índole femenina.

V. 37.—El soberano dios del cielo, Zeus, que más adelante (v. 55) envía la lluvia.

V. 38.—Hacen notar con razón los comentadores, que estos versos traen a la memoria la embajada que Creso, prisionero de Ciro, envió a Delfos para preguntar si los dioses helénicos acostumbraban ser ingratos (Heródoto I, 90), puesto que, a pesar de sus ingentes ofrendas, el dios había permitido su ruina. Como más arriba dijimos, (nota al v. 23) la Pitia le respondió que por disposición del hado él purgaba la culpa del quinto de sus ascendientes, refiriéndose a Giges, el fundador de la dinastía de los Mermnadas, que había obtenido el trono de Lidia matando al rey Candaulo y casándose con su viuda (Heródoto I, 7 sig.)

V. 40.— *Ἀλιάρτα*:—Aliates, padre de Creso, que vivió 57 años y llevó el imperio lidio a su mayor poderío (Heródoto I, 17).

V. 49.—Como dice muy bien el prof. Taccone, el pequeño cuadro representado por estas palabras, es uno de los más verdaderos y hermosos de Baquílides.

V. 51.—No se me oculta lo deficiente de mi traducción en este paso. La dificultad está en *προφανής*, que no tiene aquí su significado corriente de “patente”, “manifiesto”, como la falta de un equivalente exacto y la métrica me han obligado a traducir, sino el otro, más etimológico, de “visto por adelantado, antes de que suceda”. Me

consuela ver que la traducción, también en verso, del prof. Fraccaroli es tan poco feliz como la mía: “Fiera per l'uom la morte appar cui non e scampo”. Muy superior a ambas es aquí la de d'Eichthal y Reinach: “Deux fois longue est la mort que l'on voit s'approcher”. El no poder traducir exactamente *φόνος*, que es muerte, pero muerte violenta, también les quita no poca fuerza a las traducciones.

V. 55.—Zeus, y no Apolo a quien principalmente invoca Creso, es quien manda la lluvia, pues como dios del cielo “amontonador de nubes” que le dice Homero, a él le incumben éste y parecidos menesteres.

V. 57.—Sentencia ortodoxa, que se repite en el mismo Baquilides (XVI, 117) y que se halla a menudo en el religioso Píndaro.

V. 59.—Como se ve, Baquilides hace aquí del país de los Hiperbóreos algo como un paraíso terrenal, donde pueden ser llevados en vida los mortales piadosos, región semejante a los Campos Elíseos de Homero y a la Isla de los Felices de la poesía posterior. Para los demás autores griegos, los hiperbóreos son un pueblo piadoso y feliz donde Apolo pasaba una parte del año, y su existencia procede de un mito relacionado con el culto de este dios en la isla de Delos, del cual habla Heródoto en el libro IV, 32 y sig. El nombre de Hiperbóreos indica los habitantes de una región septentrional, y ya Píndaro lo entendía así, pero tal significado le ha sido dado por un fenómeno de etimología popular que relacionó con este nombre el de *Περφερέες* dado por los delios (según cuenta Heródoto) a ciertos acompañantes de dos doncellas que venían a traer ofrendas a Delos, y de las cuales se habla en el citado mito. Sobre la formación de esta leyenda se hallarán extensas noticias en un “excursus” de la edición del prof. Jebb, así como en un opúsculo de A. Riese *L'ideal de justice et de bonheur et la vie primitive des peuples du Nord, dans la littérature grecque et latine* (trad. del alemán, París 1885).

V. 66.—*λοξία*:—Conocido apodo de Apolo, derivado de *λοξός* “oblicuo”, aplicado según unos, por lo ambiguo de sus oráculos, según otros, por la marcha oblicua del sol.

V. 67.—Hermoso concepto, que repite Baquilides en V. 187,—VIII, 101 y XII, 199, y que se encuentra también a menudo en Píndaro.

V. 71-75.—Como se ve en el texto, lo mutilado de estos versos no permite atribuir más que un valor muy aproximativo a las integraciones que con admirable paciencia han hecho varios editores. La que doy (sólo para mantener alguna ilación entre los conceptos, es la del prof. Jebb, quien toma las letras MAEEAI por el nombre del promontorio de Malea, situado al extremo meridional del Peloponeso y famoso por los peligros que ofrecía a la navegación, como lo atestigua, entre otras alusiones, un dicho referido por Estrabón (VIII, 378), “cuando dobles el cabo de Malea, olvidate de los tuyos”. La discusión de las otras conjeturas puede verse en un apéndice de la edición de R. Jebb.

V. 76.—*ἐκαβόλος*:—Es conjetura del prof. Jurenka. El primer editor, Kenyon, a quien siguen Jebb y Festa, suponía *βοουκόλο*. En realidad, lo mismo da uno que otro, pero para mí, prefiero el primer adjetivo, más común al hablar de Apolo, y porque me parece innecesario repetir que el dios había sido pastor, cuando la alusión al hijo de Fereto lo sugiere inmediatamente dado lo conocido del mito.

Sabido es que Apolo, por haber muerto a los Ciclopes, fué expulsado del Olimpo por Zeus y obligado a servir como pastor a Admeto, rey de Fera en Tesalia, para quien obtuvo, por la amistad que los unió, que cuando le llegara la hora de la muerte, pudiese morir otro en su lugar; tema éste, como se sabe, de la tragedia *Alceste*, de Eurípides.

V. 78-84.—El prof. Taccone, siguiendo a Jurenka, dice que estas palabras Apolo se las dirige a Admeto como a uno que va a morir y que, por lo tanto, hay que suponer que lo que dice el dios no va más allá de en el v. 82, pues los dos versos siguientes, dirigidos a quien está a punto de morir, no tendrían sentido. No me explico en qué pueda fundarse esta interpretación: antes, por el contrario, lo primero que se le ocurre a cualquier lector despreocupado es que la falta de sentido estaría precisamente en suponer que Apolo hablase así a uno que va a morir. En cuanto a poner los versos 83 y 84 en boca del poeta, paréceme que sería endosarle una expresión poco feliz, pues a estos versos se refería entonces, y sin necesidad, el del siguiente que, lógicamente, no puede aludir más que a la intención de todo el discurso de Apolo. Con motivo de estos versos, recuerdan muy oportunamente los comentadores las palabras de Horacio: “*omnem crede diem tibi diluxisse supremum: grata superveniet quae non sperabitur hora*”. (Epist. I, 4, 13).

V. 87.—Como lo hacen notar todos los editores, estos tres versos recuerdan mucho, al punto de hacer sospechar que los imitan, la expresión pindárica *φρονάεντα συνετοῖσιν* (ol. 2, 93), y sobre todo los primeros versos de la olímpica I, de cuyas rápidas y abruptas frases parecen un feliz trasunto.

V. 96.—*καλῶν*.—He seguido la interpretación más común entre los editores, que toma esta palabra como adjetivo sustantivado, interpretación que el prof. Jebb apoya en la semejanza del concepto aquí expresado con el final de la primera olímpica de Píndaro. Podría tomarse esta palabra como participio de *καλεῖω*, y entonces el verso 96 de la traducción sería, poco más o menos, “y, hablando con verdad, alguien un día”; pero la dificultad está, como lo hace notar el citado editor, en que el papiro trae *ΚΑΛΩΝ* y no *ΚΑΛΕΩΝ* como sucede normalmente con palabras análogas situadas al final de un verso.

V. 97.—*μελιγλώσσου*.—Las trabas de la métrica me han obligado en mi versión a aplicar este adjetivo a la “gracia” y no al “ruiseñor” como reza el texto, libertad que no he vacilado en tomar, dada su escasa importancia, para mantener la posición del verso final.

V. 98.—*Κηῖας*.—Aunque no conozco en nuestra lengua autoridad alguna para el adjetivo “Ceyo”, no he tenido reparo en emplearlo en razón de su estrecha analogía con “Teyo”, corrientemente usado por los clásicos para calificar a Anacreonte.

E. F.